

843
2.

PA 2511
Q-48
U.1



RICARDO COVARRUBIAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TIPOGRAPH.—Barcelona.



I

Claudio pasaba por delante del *Hotel-de-ville*, y daban las dos de la madrugada en el reloj, cuando estalló la tormenta. Se había entretenido divagando por los mercados, en aquella ardiente vespertina de Julio, como buen artista ocioso y callejero, y entusiasta por el París de noche. De pronto se puso á llover á cántaros, y él echó á correr, á trotar, desmadejado y perdido, á lo largo del muelle de Grève hasta el puente de Luis Felipe. Mas no bien hubo llegado allí, se detuvo, irritado contra su propia agitación; le pareció necio su temor de mojarse, y á través de las densas tinieblas, acribillado por el agua que caía á torrentes y sumergía en la bruma la luz de los mecheros, cruzó el puente con lentitud, y con las manos colgando.

Por lo demás, bastábanle unos pasos para llegar. Volvía la esquina del muelle Bourbon, en la

isla de San Luis, cuando un relámpago alumbró la recta y baja hilera de viejos caserones á lo largo del Sena, orillas de la estrecha calzada. A su fulgor relumbraron los vidrios de los altos ventanales sin persianas, y pareció de súbito á la vista el triste y grandioso aspecto de las antiguas fachadas, con sus precisos detalles: un balcón de piedra, un tramo de una galería y la esculpida guirnalda de un frontón. Allí tenía el pintor su taller, en los desvanes del viejo palacio de Martoy, casi junto á la rinconada de la calle de la Femme-sans-Tête. Apenas entrevisto, el muelle volvió á sumergirse en las tinieblas y un formidable trueno hizo retemblar el barrio en su modorra.

Llegado delante de la puerta, redonda y baja, forrada de hierro, Claudio, cegado por la lluvia, buscó á tientas el cordón de la campanilla. Pero con sorpresa, y estremecido, vió, acurrucado junto á la puerta, un sér viviente. Luego, al súbito fulgor de otro relámpago, advirtió que era una joven, muy alta, vestida de negro, empapada en agua y tiritando de miedo. Tras el sacudimiento del trueno que los hizo temblar á ambos, exclamó él:

—¡Hola!.... que me maten si aguardaba.... ¿Quién es usted? ¿qué quiere usted?

Ya no la veía; sólo la oía balbucir y sollozar:

—¡Ah!.... caballero... ¡por Dios! ¡no me maltrate usted!... La culpa la tiene el cochero, que alquilé en la estación... me dejó cerca de esta puerta, y me ha atropellado... Sí, ha descarrilado el tren de la línea de Nevers... Llegamos con un retraso de cuatro horas, y no he podido encontrar á la persona que me aguardaba... ¡Dios mío!... Esta es la primera vez que vengo á París... caballero; ni siquiera sé dónde me encuentre.

Un relámpago deslumbrador le cortó la palabra; sus dilatadas pupilas recorrieron azoradas

aquel rincón de la capital, la azulada aparición de una ciudad fantástica. Había cesado la lluvia. Allá en la ribera opuesta del Sena, el muelle des Ormes presentaba en fila sus casuchas, amarillas, blancas, grises, con las pintarrajadas entabladuras de sus tiendas por bajo, y recortando el cielo con las irregulares líneas de su techumbre, mientras el horizonte se dilataba luminoso desde las azules pizarras del Hotel-de-Ville, á la derecha, hasta la plomiza cúpula de San Pablo. Pero lo que más la agobiaba era el encajonamiento del río, el profundo foso por donde corría el Sena, negruzco en aquel paraje, desde las pesadas pilas del puente Marie á los ligeros arcos del nuevo puente Luis-Felipe. Extrañas masas poblaban el agua: una flotilla de yolas y botes, una barcaza-lavadero, y una draga amarradas al muelle; y al otro lado, más lejos, pegadas junto al otro ribazo, algunas pinazas cargadas de carbón, y chalanas con asperón, dominadas por el brazo gigantesco de una grúa de hierro fundido. Todo se desvaneció.

—¡Bah!—pensó Claudio,—una pérdida, puesta de patitas en la calle, y que anda buscando compañía.

Solía desconfiar de las mujeres. El cuento de aquel percance, el tren retrasado, el bruto del cochero, le parecían ridícula invención. La muchacha, en esto, al retumbar el trueno se había acurrucado aterrada en el hueco de la puerta.

—Con todo, usted no puede pasar aquí la noche—repuso en alta voz.

Crecía el llanto y desconsuelo de la muchacha; balbuceó:

—Hágame usted el favor... caballero... lléveme usted á Passy... á donde voy.

El se encogió de hombros; ¿si creería ella que era un necio? Maquinalmente se volvió hacia el

muelle des Celestins, donde había un puesto de coches. No se veía brillar un solo farol.

—¿A Passy, muchacha?... ¿Y por qué no á Versailles?... ¿Dónde quiere usted que pesque un coche, á estas horas y con un tiempo así?

Ella soltó un grito, deslumbrada por un rayo. Esta vez había vuelto á ver la trágica capital, flotando en un mar de sangre: ancho boquete, á través del cual surgieron perdiéndose en lontananza ambas orillas del río, entre las rojas brasas de un incendio. Se divisaron los más nimios pormenores; las pequeñas persianas cerradas del muelle des Ormes, las dos hendiduras de las calles de la Masure y del Paon Blanch, cortando la hilera de las fachadas; junto al puente Marie, se hubieran podido contar las hojas de los plátanos, magnífico manchón de verdura; mientras que en el lado opuesto, bajo el puente Luis-Felipe, en el Mail, relumbraron los botes, en hilera y crugiendo atestados de manzanas. Y pudieron verse además los remolinos del agua, la alta chimenea del lavadero, la cadena inmóvil de la draga, los montones de arena sobre la escollera, la extraña amalgama de mil cosas, un mundo entero flotando sobre la corriente inmensa, y llenando el cauce de un extremo al otro del horizonte. Luego el cielo se hundió en la sombra; la ola no trajo más que tinieblas, entre el roncar del trueno.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... se acabó... ¿Qué va á ser de mí?

En esto volvía á llover con más furia, y empujada el agua por el viento barría el muelle con la violencia de una esclusa soltada de golpe.

—Vaya... déjeme usted pasar—dijo Claudio;— esto no puede seguir así.

Ambos se mojaban. A la vaga claridad del mechero de gas, empotrado en la esquina de la calle de la Femme-sans-Tête, la veía él chorrean-

do agua, con el vestido pegado á la piel, en medio del chubasco que se estrellaba contra la puerta. Se sintió movido á compasión: verdad que en otra ocasión había recogido un perro callejero, en día de lluvia, pero le irritaba su ternura; jamás había llevado á su casa una mujer; las miraba á todas como muchacho que no las ha conocido ni tratado nunca, como un tímido, avergonzado de su propia timidez, que ocultaba jactándose de ser muy grosero. Muy tonto le creía la niña para intentar engancharle con aquella aventura de vaudeville. Con todo, acabó por decirle:

—Vaya, subamos... Descansará usted en mi cuarto.

Ella se asustó más; se resistía.

—En su casa... ¡Dios mío!... no, no... imposible... Le ruego, caballero, que me lleve usted á Passy..., se lo pido á usted de rodillas.

Entonces, él se enfadó. ¿A qué tal salida, cuando le hacía el favor de recogerla? Ya había llamado dos veces. Por fin abrieron, y empujó á la desconocida.

—No, no, caballero... digo á usted que no.

Pero otra vez la deslumbró un rayo, y cuando retumbó el trueno, entró de un salto, fuera de sí. Volvió á cerrarse la pesada puerta, y se halló bajo un ancho portal, completamente á oscuras.

—Señora Pepa... soy yo...—dijo Claudio en alta voz á la portera.

Y luego, en voz baja, añadió:

—Deme usted la mano para cruzar el zaguán.

Ella le dió la mano, ya sin resistencia, aturdida, anonadada. Otra vez volvieron á encontrarse bajo la lluvia, corriendo uno junto á otro, á toda prisa. El zaguán era un patio señorial, anchísimo, con arcadas de piedra, que se desvanecían en la oscuridad. Luego llegaron á un vestíbulo estrecho,

sin puerta; soltóle él la mano, y ella le oyó frotar, renegando, algunas cerillas. Todas estaban moadas; tuvieron que subir á tientas.

—Cójase usted al pasamano!... y mucho cuidado, los peldaños son altos.

La escalera, sumamente estrecha, escalera de servicio, en tiempos, tenía tres tramos muy empinados, que ella subió á tropezones, quebrantada y torpemente. Luego, Claudio la previno que debían seguir un largo corredor, y por él se metió la muchacha siguiéndole, deslizando las manos por las paredes, y andando sin parar por aquel pasillo, que daba la vuelta en dirección á la fachada del muelle. Vino luego una nueva escalera, pero ésta en el desván, un tramo de crugientes peldaños de madera, sin baranda, inseguros y empinados como los travesaños mal desbastados de una escalera portátil. Arriba, el descanso era tan estrecho, que la muchacha tropezó con el joven, mientras éste buscaba la llave. Por fin, abrió.

—No entre usted, aguarde... se expone usted á tropezar otra vez.

No se movió. Respiraba con fatiga con el corazón palpitante, zumbándole los oídos, fatigada, extenuada por aquella ascensión en la oscuridad. Parecíale que había estado subiendo horas enteras por tal laberinto y complicación de pisos, vueltas y revueltas, que no volvería á bajar en su vida. Ya en el taller, sonaron graves pasos, sentíase el roce de unas manos, luego como si cayeran dando tumbos algunos objetos, con acompañamiento de una sorda exclamación. Luego, la puerta se alumbró.

—¡Vaya! entre usted; ya estamos.

Entró, miró sin ver. La única bujía agonizaba en aquel desván, de cinco metros de altura, atestado de mil objetos confusamente amontonados,

cuyas sombras resaltaban con extraña apariencia sobre las paredes de un color gris. No percibió nada, alzó los ojos á la claraboya con vidriera sobre la cual caía la lluvia con sordo ruido que parecía un redoble de tambor. Pero precisamente en aquel instante, un rayo abrasó el cielo, y siguióle tan de cerca el trueno, que pareció que se hendía la techumbre. Muda, pálida, se dejó caer sobre una silla.

—¡Demonio!—murmuró Claudio, algo pálido también,—muy cerca habrá caído ese... Era tiempo; mejor estamos aquí que en la calle, ¿eh?

Y fué á la puerta, y la cerró con estrépito dando dos vueltas á la llave, mientras ella seguía estupefacta con la vista todos sus movimientos.

—¡Vaya!... ya estamos en casa.

Pero el chubasco terminaba; sólo se oyeron ya algunos truenos lejanos, y á poco cesó del todo. El, á quien iba sobrecogiendo entonces cierto embarazo, la contempló de soslayo. No parecía fea, y era joven seguramente, unos veinte años, todo lo más. Esto hacía que se aumentase su desconfianza, á pesar de cierta duda inconsciente, la vaga sensación de que la niña mentía. Fuese lo que fuera, inútil astucia; se engañaba de medio á medio, si creía ella pillarle. Exageró sus áspetros modales, y dijo con grosera voz:

—Vaya; acostémonos, que así nos secaremos.

Con angustiosa sorpresa, ella se levantó y recorrió con la vista la desordenada habitación. También ella le había examinado, sin osar mirarle cara á cara, y aquel joven flaco, de nudosas articulaciones y gruesa cabeza barbuda, redoblaba su temor, como si se hubiese escapado de una novela de bandidos, con su sombrero de fieltro negro y su viejo paletó castaño, tirando á verde, maltratado por las lluvias. Se ahogaba; murmuró:

—Gracias, estoy bien; dormiré vestida.

—¡Cómo! ¡vestida! ¿con el vestido chorreando?... No se haga usted la tonta... desnúdese en seguida.

Y empujaba las sillas, y echaba á un lado una mampara medio rota. Detrás de ésta, vió ella una mesita-tocador y una cama de hierro, pequeña, de la que él quitó la colcha.

—No, caballero, no se moleste usted; le juro que no me moveré de aquí.

De golpe, se encolerizó él, y empezó á gesticular dando puñetazos.

—Acabará usted por cansarme... ¿Va usted á quejarse todavía, cuando le cedo mi cama? No se haga usted la asustada, porque es inútil; yo me echaré en el diván.

Se había dirigido hacia ella, amenazante. Sobrecogida, creyendo que quería pegarle, se quitó el sombrero temblando. Chorreaban agua sus vestidos. El continuaba murmurando entre dientes. Sin embargo, pareció que le sobrecogía un escrúpulo, hasta que soltó como una concesión estas palabras:

—Si le repugno á usted, mudaré las sábanas de la cama.

Ya estaba arrancándolas, y las echaba sobre el diván, al otro extremo del taller. Luego, sacó del armario otro par, rehizo la cama él mismo, con la destreza del soltero acostumbrado á esa faena. Con mano cuidadosa replegó la ropa bajo el colchón del lado de la pared, mullió la almohada, volvió el embozo.

—Vamos; ya puede usted acostarse.

Y como ella no dijese una palabra, inmóvil, pasando sus dedos por el corsé, alelada, sin decidirse á desabrocharlo, la metió él detrás del biombo. ¡Cuánto pudor, Dios mío! Se acostó con presteza, puestas las sábanas sobre el diván, su

ropa colgada de un viejo caballete, y tendiéndose en un abrir y cerrar de ojos, boca arriba. Pero, cuando iba á matar la luz, ocurriósele que iba á dejarla á oscuras, y aguardó. Por de pronto, no la había oído menearse; seguramente se había quedado plantada en pie, junto á la cama de hierro; pero, ahora, sentía ligero rumor de ropas, ciertos movimientos lentos y reprimidos, como si la niña emprendiese y suspendiese la operación diversas veces, atenta por su lado, en la inquietud que le causaba aquella luz que no se apagaba. Por fin, tras largos minutos, crugió débilmente la cama, y todo quedó en profundo silencio.

—¿Está usted bien, señorita?—preguntó Claudio, suavizando mucho la voz.

Ella contestó, con tenue hálito apenas perceptible, temblando todavía de emoción:

—Sí, señor; muy bien, gracias.

—Pues, buenas noches.

—Buenas noches.

El apagó la luz; reinó más profundo silencio. A despecho del cansancio, se abrieron bien pronto sus párpados y el insomnio dejóle con los ojos fijos es los cristales de la claraboya. Brillaba otra vez el cielo con toda su pureza; veía relumbrar las estrellas en aquella ardiente noche de Julio, y á pesar de la tempestad, seguía haciendo tanto calor, que se abrasaba con los brazos desnudos fuera de la cama. La muchacha le preocupaba; en su ánimo reñían sorda batalla el desprecio que gustaba de afectar, el temor de crearse obstáculos, si cedía, el miedo del ridículo, si no aprovechaba la ocasión; pero el desprecio acababa por vencer; se juzgaba muy fuerte; imaginaba una novela contra su tranquilidad, sonriéndose malicioso y muy satisfecho de haber burlado la tentación. Se ahogaba de calor y sacó al aire las piernas, mientras con la cabeza pesada, enturbia-

da por la alucinación del insomnio, seguía con la vista, entre el relucir de brasa de las estrellas, mil tentadoras formas de mujeres, la carne viva de la mujer, que era su idolatría.

Tras esto, se confundieron más y más sus ideas. ¿Qué hacía la niña? Por largo rato la había creído dormida, porque ni respiraba siquiera, pero ahora la sentía volverse también con imperceptibles precauciones que la sofocaban. Poco experto en mujeres, intentó explicarse la historia que aquella le había contado, sorprendido en aquel punto por algunos pormenores y sumamente perplejo; pero toda su lógica se desvanecía; ¿á qué romperse la cabeza inútilmente? Lo mismo daba que hubiese dicho verdad como que hubiese dicho mentira; ¡por lo que á él le importaba ella! A la siguiente mañana pasaría la puerta: buenos días, buenas tardes, y asunto concluído; ya no se verían más. Hasta el despuntar del día, cuando ya palidecían las estrellas, no consiguió dormirse. Tras la mampara, ella, á pesar de la abrumadora fatiga del viaje, seguía agitándose atormentada por la pesadez de la atmósfera bajo el techo de zinc caldeado; ya se reprimía menos, se agitó con violenta sacudida de nerviosa impaciencia, y exhaló un irritado suspiro de virgen, producido por el malestar que le causaba la presencia de aquel hombre, durmiendo junto á ella.

Por la mañana, Claudio abrió los ojos parpadeando. Era ya tarde, y una ancha ráfaga de sol entraba por la claraboya. Según sus teorías, los nuevos artistas, partidarios de la pintura al aire libre, debían alquilar los talleres que no querían los pintores académicos, los talleres que visitaba el sol con sus vivas llamaradas. Deslumbrado de golpe, hubo de sentarse con las piernas al aire. ¿Por qué demonios se encontraba acostado en su diván? Y volvía alrededor los ojos turbios de

sueño, cuando percibió, medio oculto detrás del biombo, un lío de ropas de mujer. Ah sí... la muchacha... ¡ahora lo recordaba. Aplicó el oído, oyó su respiración regular y prolongada, que revelaba infantil bienestar. ¡Bien! seguía durmiendo tan tranquila que era lástima despertarla. Se quedó absorto, y rascóse las piernas, contrariado por aquella aventura, en la que volvía á encontrarse metido y que iba á echarle á perder sus horas de labor. Se indignaba contra su buen corazón; mejor era despertarla para que se largase en seguida. Y á pesar de esto, se metió unos pantalones con mucho cuidado, calzóse las pantuflas, y echó á andar de puntillas.

El reloj dió las nueve y Claudio hizo un gesto de inquietud. Todo seguía como hasta allí; continuaba sintiéndose la respiración de la niña. Entonces se le ocurrió que lo mejor sería volver á su gran cuadro; ya se desayunaría más tarde cuando pudiera moverse á placer. Pero no acababa de decidirse; él, que vivía en medio de terrible desorden, se sentía ahora cohibido por un lío de ropas, caídas al suelo. Habían estado chorreando y estaban todavía empapadas en agua. Renegando entre dientes acabó por recogerlas, una por una, y por tenderlas al sol, sobre algunas sillas. ¡Como si fuera permitido soltar así las cosas en desorden! ¡Cá; no se secarían nunca, ni acabaría de irse! Volvía y revolvía entre sus manos aquellos trapillos de mujer, se enredaba con el corsé de lana negra, á gachas tuvo que estar buscando las medias, caídas detrás de un cuadro viejo. Las medias eran de hilo de Escocia, de un gris ceniciento, largas y finas, y estuvo examinándolas antes de colgarlas. La fimbria de la falda las había mojado como el resto, y las estiró, pasó por ellas las manos calientes para despacharla más pronto.

Desde que estuvo en pie, sentía Claudio vivos deseos de echar á un lado el biombo, y ver. Esta curiosidad que le parecía necia, redoblaba su mal humor. Por fin, encogiendo los hombros, gesto que le era habitual, empuñaba ya los pinceles, cuando sintió balbucear algunas palabras, entre el rózar de las sábanas, y de nuevo la suave respiración; cedió esta vez, soltando los pinceles, y asomando la cabeza. Mas lo que vio le dejó inmóvil, grave, extasiado, murmurando:

—¡Diablo!... ¡diablo!

La muchacha, con el calor de invernáculo que caía de los cristales, acababa de echar fuera la sábana, y abrumada por el peso de tantas noches sin descanso, dormía, bañada de luz, tan inconsciente y tranquila, que ni una sola onda se deslizaba sobre su pura desnudez. En la fiebre del insomnio se le habían soltado los botones de las hombreras de su camisa, y escurrida la manga izquierda, descubría la garganta. Su carne era dorada, fina como la seda, la primavera de la carne; breves los senos, rígidos, henchidos de savia; despuntaban sobre ellos dos pálidas rosas. Había metido el brazo derecho bajo la nuca, y echada hacia atrás su cabeza soñolienta, se ofrecía el pecho confiado con delicadísima silueta de descuido, mientras su negra cabellera suelta la revestía con sombrío manto.

—¡Diablo!... ¡Qué bien está!

Era el mismo, exactamente el mismo rostro que había buscado para su cuadro, y la postura casi la misma también. Algo delgado, como el de un niño, pero tan suave, de tan juvenil frescura! Y además, los senos, ya desarrollados! ¿Dónde diablos ocultaba, la víspera, aquella garganta, puesto que él no la adivinó? Un verdadero hallazgo.

Acudió Claudio con presteza á recoger su caja

de colores al pastel, y una hoja de papel, grande. Y luego, acurrucado y en la punta de una silla baja, apoyó en sus rodillas un cartón, y se puso á dibujar, pintada la felicidad en su semblante. Su turbación, su sensual curiosidad, su combatido deseo, paraban en aquella admiración de artista, en aquel entusiasmo por las bellas tonalidades y los músculos bien ensamblados. Olvidado de la muchacha, admiraba con embeleso la nieve de los senos, entre el ámbar delicado de los hombros. Su recelosa modestia le achicaba ante la naturaleza; apretaba los codos, se volvía niño, niño muy juicioso, muy atento, muy respetuoso. Esto duró cerca de un cuarto de hora, durante el cual se detenía á veces, para mirar entornando los ojos. Pero temeroso de que ella se moviese, volvía á trabajar con presteza, deteniendo la respiración por no despertarla.

Pero de nuevo zumbábanle en los oídos vagas reflexiones durante su tarea. ¿Quién podía ser? Seguramente no era una pérdida, como creyó al principio, porque estaba muy fresca. Mas ¿por qué le había contado tan increíble historia? Y con esto se complacía en imaginar otras; sería una debutante venida á París con un querido, que le plantó, ó una jovencita decente viciada por una amiga, que no se atrevía á volver á su casa; luego se le ocurría un drama más complicado, de ingenuas y extraordinarias perversiones y espantables enredos, que él ignoraría toda su vida. Con estas hipótesis se aumentaba su incertidumbre; pasó, pues, á bosquejar la cara, estudiándola cuidadosamente. Toda la parte superior revelaba gran bondad y extremada ternura; la frente, despejada y lisa como un claro espejo; la nariz, pequeña, con delicadas y nerviosas aletas; se adivinaba, bajo los párpados, la sonrisa

de la mirada, que debía de alumbrar toda la faz. Sólo la parte inferior empañaba aquella irradiación de ternura; la mandíbula era saliente; los labios fuertes, duros, echaban sangre, mostrando unos dientes blancos y sólidos. Súbita ráfaga de pasión de la invasora pubertad, ignorante de sí misma, revelándose de golpe entre las esfumadas facciones de una delicadeza infantil.

De pronto estremeció su cutis de seda un calor frío, como las aguas del muaré. Quizás había sentido por fin aquella mirada masculina que escudriñaba su figura. Abrió desmesuradamente los ojos y soltó un grito:

—¡Ah, Dios mío!

La estupefacción paralizó sus miembros: ¡aquel lugar desconocido, aquel hombre en mangas de camisa, acurrucado delante de ella y comiéndose la con los ojos! Con esto, de un golpe, azorada, se cogió el embozo y se arrebujó con él, apretándolo junto á la garganta con ambas manos, y removida la sangre con tal angustia de pudor, que el rubor ardiente de sus mejillas corrió hasta los botones de su seno, en ondas rosadas.

—Pues... ¿qué tenemos?—gritó Claudio, contrariado, suspendida la mano con el lápiz en el aire—¿qué le ha dado á usted?

Ella no decía ya ni una palabra, no se movía absolutamente, con la sábana ceñida al cuello, hecha un ovillo, replegada en sí misma, de modo que apenas abultaba.

—No tema usted, que no voy á comérmela... Vamos; hágame usted ese favor; vuelva á ponerse como estaba.

—¡Eso no! ¡eso no!... caballero.

Pero, poco á poco, iba enfadándose Claudio, víctima de uno de aquellos arrebatos de cólera en él comunes. Semejante obstinación le parecía estúpida.

—Pero diga usted: ¿qué puede importarle á usted esto? ¡Vaya qué desgracia que la vea á usted en cueros! Otras he visto.

Entonces ella sollozó, y él se arrebató, desesperado delante de su dibujo, fuera de sí, á la idea de que no podría concluirlo, y que la gazmoñería de la niña le impediría poseer un buen estudio para su cuadro.

—¿No quiere usted?... ¡Pero esto es una necesidad!... ¿Qué se figura usted que soy yo?... ¿La he tocado á usted siquiera? ¡Si hubiese pensado en tonterías, buena ocasión se me ofrecía esta noche!... Pero yo me río de eso, amiga mía. Puede usted impunemente mostrarse como es... Fuera de eso, no me parece muy cortés rehusarme este servicio, porque al fin y al cabo yo la he recogido á usted en la calle, y usted ha dormido en mi cama.

En esto, ella seguía llorando con mas fuerza, con la cabeza hundida en la almohada.

—Le juro que necesito ese favor; sin eso, no importunaría á usted.

Sorprendíale tanto llorar, y se avergonzaba de su grosería; callóse, como corrido; dejó que se calmara un poco, y luego continuó, con mucha dulzura:

—Vamos, puesto que la contraría, dejémoslo... Pero... si usted supiera... Hay en mi cuadro una figura que no puedo con ella, y usted encajaba tan bien en el cuadro! En cuanto se trata de esa maldita pintura, sería capaz de degollar á mi padre y á mi madre. Usted me perdona, ¿verdad?... Pues bien; si fuera usted tan amable, me concedería aún algunos minutos... No, no, no se mueva usted... no, la espalda, no pido la espalda. ¡La cabeza, sólo la cabeza!... Si al menos pudiese acabar la cabeza... ¡Por Dios, sea usted amable! ¡ponga otra vez el brazo como lo tenía y se lo

UNIVERSIDAD DE MONTEREY
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO" 12-1234
MONTEREY, MEXICO

agradeceré á usted, sí... por Dios!... se lo agradeceré á usted mientras viva.

En aquel momento suplicaba, y movía el lápiz con ademán de pedir compasión, llevado de su vivísimo deseo de artista. Por lo demás, no se había movido un punto, y seguía acurrucado en su silla baja, á distancia de ella. Entonces ella se atrevió un poco, se arriesgó á mostrar el semblante ya tranquilo. ¿Qué podía hacer? Estaba en manos de aquel hombre, y ¡parecía tan desgraciado! Vaciló, no obstante, un momento, sobrecojida por un último escrúpulo. Y sin decir palabra, con mucho cuidado, sacó el brazo desnudo y lo deslizó de nuevo bajo su cabeza, cuidando mucho, sin embargo, de retener con la otra oculta mano el embozo de la cama en torno de su cuello.

—¡Ah! ¡qué buena es usted!... Voy á despachar; pronto la dejo libre.

Encorvado sobre su dibujo, no hacía más que mirarla, con los atónitos ojos de pintor, que ya no ve la mujer, sino el modelo. Primero, se puso ella de color de rosa: la sensación de aquel brazo desnudo, pequeña parte de sí misma, que hubiera mostrado con la mayor ingenuidad en un baile, la llenaba de confusión; pero, luego, el muchacho le fué pareciendo tan juicioso, que se tranquilizó del todo, y se enfriaron sus mejillas y apuntó en sus labios la vaga sonrisa de la confianza. A través de sus entreabiertos párpados, ahora le examinaba. ¡Cómo la espantó la víspera, con su barbaza negra, su cabezota, sus gestos de cólera! ¡Y no era feo!... Divisaba en el fondo de sus ojos profunda ternura, y le sorprendía la nariz, nariz femenina, medio oculta entre los erizados pelos del bigote. Observaba también, con cierta complacencia, sin saber por qué, el estremecimiento de inquietud nerviosa que sacudía su cuer-

po, pasión no interrumpida que parecía animar el lápiz entre sus dedos. Seguramente no podía ser malo; su brutalidad debía ser la del tímido. Todo eso no era resultado de un análisis perfecto; pero lo sentía, y la familiarizaba con la situación como si estuviera en casa de un amigo.

A pesar de lo cual, el taller seguía asustándola un poco. Lo miraba de reojo, sorprendida de semejante desorden y dejadez. En la estufa yacían todavía amontonadas las cenizas del pasado invierno. Exceptuando la cama, la mesita-tocador y el diván, no había allí más muebles que un armario viejo y desvencijado, y una larga mesa de pino atestada de pinceles, colores, platos sucios, una lamparilla de alcohol, sobre la cual había quedado una cazuela embadurnada de fideos. Algunas sillas despajadas figuraban en desorden entre algunos caballetes cojos. Cerca del sofá, la bujía de que se sirvieron la víspera yacía en el suelo, en un rincón que seguramente se barría de mes á mes. Entre todo aquello, sólo un reloj de cuco, enorme, pintarrajado y floreado de rojo, tenía alguna apariencia de limpio y risueño con su sonoro tic-tac. Mas lo que á ella la asustaba particularmente eran los bocetos colgando de las paredes, sin marco, amontonados hasta en el suelo, y echados y revueltos sin orden alguno. En su vida había visto ella tan terribles pinturas, rugosas, chillonas, de tonos tan crudos y violentos que la ofendían como un voto de carretero á la puerta de una posada, de modo que bajaba los ojos, no sin sentirse atraída por un cuadro vuelto á la pared: la obra en que trabajaba Claudio y que todos los días colocaba á distancia para juzgarlo mejor á la mañana siguiente, con la fresca impresión de la primera ojeada.

¿Qué sería la pintura para esconderla de tal modo sin atreverse á enseñarla? Y con esto en

la vasta habitación la ráfaga de sol abrasador, sin que templase la luz ni una mala cortinilla, seguía flotando como oro líquido sobre los restos del mueblaje, haciendo resaltar su indiferente miseria.

A Claudio acabó por parecerle pesado aquel silencio, y quiso decir algo, fuese lo que fuese, para mostrarse cortés y sobre todo con objeto de que la niña se distrajera de la postura. Por más que buscó no supo dar sino con esta pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

Abrió ella los ojos, que había cerrado como vencida otra vez del sueño:

—Cristina.

Entonces, él se mostró sorprendido. Tampoco él le había dicho su nombre, y desde la noche anterior habían estado juntos sin conocerse.

—Yo me llamo Claudio.

Y después de haberle contemplado un instante, vio que ella se echaba á reír: salida de júbilo propia de muchacha grandullona, pero niña todavía. Le parecía divertido ese tardío trueque de nombres. Luego la hizo reír otra ocurrencia.

—¡Calle!... Claudio, Cristina, los dos empiezan por la misma letra.

Y volvió á reinar el silencio; él entornaba los párpados, se distraía, se sentía fatigado. Pero le pareció notar que ella se impacientaba un poco, y temeroso de que se moviera, dijo al acaso para entretenerla:

—¡Qué calor hace!

Esta vez reprimió ella la risa, la nativa alegría que rebrotaba á despecho suyo, á medida que se iba tranquilizando. Era tan fuerte el calor, que estaba en la cama como en el baño, sudoroso y pálido el cutis, y con lechosa palidez de carmelita.

—Sí; bastante—respondió muy seria.

Claudio repuso con candor:

—El sol que entra... pero un buen baño de sol por todo el cuerpo es sano. Eso necesitábamos anoche, á la puerta.

Y ambos se echaron á reír, y contento él de haber dado con un asunto de conversación, empezó á hacerla preguntas sobre su aventura, sin curiosidad, importándole en el fondo muy poco descubrir la verdad verdadera, y con el exclusivo deseo de prolongar la sesión.

Cristina contó en pocas palabras y con la mayor sencillez lo ocurrido. La mañana del día anterior había salido de Clermont en dirección á París, para entrar en calidad de lectora en casa de la viuda de un general, Mme. Vanzade, señora anciana y rica que vivía en Passy. El tren llegaba según la hora de reglamento á las nueve y diez, y todo estaba dispuesto para recibirla, pues habían convenido en que la aguardaría en la estación una camarera, y hasta fijado por cartas las señas para conocerse, que consistían en una pluma gris en el sombrero. Pero el tren chocó más allá de Nevers con otro de mercancías que había descarrilado y obstruía la vía. Aquí empezó una serie de contratiempos y retardos; primero, tuvieron que esperar horas y horas en los inmóviles vagones, luego acabaron por tener que apearse, dejar los equipajes y andar más de tres kilómetros á pie para tomar otro tren de salvamento. Resumen: que en estas operaciones se emplearon dos horas, otras dos en el resto del viaje, gracias á la perturbación que había ocasionado el accidente en la marcha de los trenes en toda la línea, con lo cual había llegado á la estación con cuatro horas de retraso, á la una de la madrugada.

—¡Qué mala suerte! — interrumpió Claudio, siempre incrédulo, pero perplejo en el fondo y

sorprendido de la naturalidad con que se enlazaban las complicaciones de la historia.—Y ¡claro está!... nadie le aguardaba á usted en la estación.

Así era; Cristina no había encontrado á la camarera de Mme. Vanzade, que se cansó de aguardar seguramente. Y seguía explicando su alarma y sobresalto cuando se vió sola en la estación de Lyon, aquel gran edificio desconocido para ella, negro, vacío, desierto en breve, á hora tan avanzada de la noche. En el primer instante no se atrevió á alquilar una berlina, y esperando que alguien acudiría á buscarla, se paseó un rato cargada con su maletita, pero después se decidió, aunque tarde ya, pues sólo quedaba allí un cochero muy sucio, oliendo ferozmente á vino, el cual la espiaba hacía rato, ofreciéndose con su risita burlona.

—Sí, ¡vaya un pillastre!—repuso Claudio que soltó su dibujo, interesado ahora con la narración, como si asistiera á la realización de un cuento de hadas;—y entonces usted se ha metido en el coche.

Con la mirada fija en el techo, Cristina continuó inmóvil, sin abandonar la postura:

—El me ha forzado á ello... Me llamaba «hija mía» y me daba miedo. Cuando ha sabido que iba á Passy, se ha enfadado y ha dado tal latigazo al rocín, que he debido agarrarme á la portezuela. Pero pronto me he tranquilizado un poco, porque he visto que nos metíamos al paso por calles alumbradas y concurridas. Por fin, he conocido que nos hallábamos junto al Sena, pues, aunque no había estado en París, había examinado un plano, y pensé que las emprendería á lo largo de los muelles, cuando he vuelto á asustarme viendo que pasábamos por un puente. Entonces empezó á llover y la berlina después de dar una vuelta hacia un paraje muy oscuro, se

ha detenido de pronto. El cochero baja del pescante y se empeña en meterse dentro, diciendo que llueve demasiado.

Claudio se echó á reír. Ya no dudaba; no era ella capaz de inventar un tipo de cochero como aquel. Y como se callara algo turbada, dijo él:

—¡Ya! ¡ya! ¡bromitas!

—Inmediatamente he saltado del coche por la otra portezuela. Blasfemaba, chillaba que habíamos llegado y que me arrancarían el sombrero si no le pagaba. Llovía á cántaros, y el muelle estaba desierto, Perturbada, azorada, le he soltado una moneda de cinco francos, y dando un fuerte latigazo, se ha largado con mi maletita que por fortuna sólo contenía un par de pañuelos, medio bollo y la llave del mundo que había dejado en el camino.

—¡Pero no había más que tomar el número del coche!—clamó el pintor, indignado.

Ahora recordaba él haber pasado junto á un coche á escape, al cruzar el puente de Luis-Felipe, cuando llovía si había qué, y se maravillaba de las inverosimilitudes que tiene á veces la verdad. Cuanto había imaginado, cabalmente por ser lo lógico y lo sencillo, era simplemente estúpido, comparado con el curso natural de las infinitas combinaciones de la vida.

—Ya puede usted figurarse si estaba divertida, aguardando á la puerta—dijo terminando Cristina.—Sabía que no me encontraba en Passy, é iba á pasar la noche en ese terrible París. ¡Y en esto, ¡qué truenos! y qué rayos! rójizos... azules... que á lo mejor me mostraban cosas que me daban espanto.

Cerraba otra vez los párpados, y palidecía estremeciéndose, como si volviera á ver la trágica ciudad, el boquete abierto en las tinieblas perdiéndose á lo lejos, la hilera de los muelles entre

rojizos fulgores de horno, el cauce profundo del río de plomiza corriente, atestado de objetos negruzcos, de barcasas parecidas á grandes ballenas muertas, erizado de máquinas inmóviles que alargaban sus brazos como horcas. ¡Vaya qué saludo de bienvenida!

Hubo una pausa. Claudio volvía á dibujar; pero ella se movió un poco, se le había adormecido el brazo; y como si saliese de su ensimismamiento, se sintió contrariado de no sorprenderla en la misma postura.

—Hágame usted el favor; baje usted un poco el codo.

Y añadió luego con cierto cariño para excusarse:

—Si han sabido la catástrofe, ¡qué inquietos estarán los padres!

—No tengo padres.

—¡Cómo!... ¡ni padre, ni madre!... ¿está usted sola en el mundo?

—Sí; sola.

Tenía dieciocho años, y había nacido en Estrasburgo, por accidente, en uno de los cambios de guarnición de su padre, el capitán Hallegrain. Tendría apenas unos doce, cuando éste, un gascón de Montauban, murió en Clermont donde una parálisis en las piernas le obligó á pedir el retiro. Cerca de cinco años, su madre, que era parisiense, había vivido allí, en provincias, administrando con economía sus flacas rentas, trabajando, pintando abanicos, para hacer de su hija toda una señorita, hasta que murió á su vez, quince meses atrás, dejándola sola en el mundo, sin un cuarto, y sin otra amistad que la de una religiosa, la superiora del convento de la Visitación, que la recogió. Del convento acababa de salir; la superiora había encontrado para ella una

colocación de lectora, en casa una antigua amiga, Mme. Vanzade, que estaba casi ciega.

Claudio oía sin decir palabra estos nuevos por menores. El convento, una huérfana tan bien educada, toda aquella aventura que tomaba un tinte novelesco volvían á causarle embarazo y le cohibían de nuevo. Otra vez dejó de trabajar y se quedó mirando el croquis con los ojos bajos.

—¿Es bonito Clermont?—preguntó.

—No mucho; una población negruzca... pero no la conozco mucho... como apenas salía...

Se había incorporado sobre un codo, y continuó como hablando para sí, en voz baja, y entrecortada todavía por los sollozos de su pesar:

—Mamá, que no era muy robusta, se mataba trabajando. Á mí solía mimarme extraordinariamente; nada le parecía bastante bueno para mí; tenía maestros de todo, pero sin provecho, porque no atendía nunca, siempre riendo, siempre alborotada. La música me fastidiaba, el piano me daba calambres. En lo que adelantaba más era en la pintura.

Claudio alzó la cabeza, é interrumpiéndola exclamando:

—¿Sabe usted pintar?

—¡Oh! no; no sé nada... nada... Mamá, que tenía mucho talento, me obligaba á pintar un poco á la acuarela, y yo á veces la ayudaba haciendo el fondo de los abanicos... ¡Pintaba algunos tan bonitos!

A pesar suyo, echó una mirada á los espantables croquis que llameaban en las paredes, y transparentóse de nuevo en sus claros ojos la turbación, la sorpresa que le causaba aquella pintura brutal. Veía á distancia y al revés el estudio ó retrato suyo que el pintor estaba esbozando; y tal consternación le causaban los tonos chillones, los toques al pastel recortando las sombras, que

no se atrevía á contemplarlo de cerca. Por otra parte, incómoda en aquella cama que abrasaba, se revolvió torturada por el deseo de irse, y acabar con aquella situación que le parecía un sueño desde la víspera.

Sin duda Claudio percibió aquel enervamiento, pues sobrecogido de súbita vergüenza, dejó el dibujo y dijo con presteza:

—Gracias, señorita, dispéñeme usted; realmente he abusado de su bondad. Levántese, levántese, se lo ruego... Ya es hora de que se vaya usted á sus asuntos.

Y sin comprender por qué, la niña, toda ruborizada, no se decidía, y antes al contrario, escondía el brazo desnudo, conforme se daba él más priesa. Le repitió que se levantara. Luego, con un arranque de loco, colocó otra vez la mampara en su lugar, y se largó al otro extremo del taller, y exagerando su pudor se puso á hacer ruido con la vajilla, para que pudiese ella saltar de la cama y vestirse sin temor de ser oída.

Con aquel ruido que metía no pudo oír una voz balbuciente:

—¡Caballero!... ¡caballero!

Al fin aplicó el oído.

—Caballero, ¡si fuera usted tan amable! que... ¡no encuentro las medias!

Acudió él en seguida. ¿Dónde tenía la cabeza? ¿Qué quería que hiciese detrás del biombo, sin las medias y la falda que él había tendido á secar al sol? Se habían secado ya, se aseguró de ello frotándolas suavemente; luego se las dió por la pequeña abertura y vió por última vez aquel brazo desnudo, fresco y redondeado, de belleza infantil. Después le echó las ropas al pie de la cama, y acercó los botitos; sólo dejó el sombrero colgado de un caballete. Ella le fué dando las gracias, y calló; apenas se percibía otro rumor

que el del roce de la ropa, y los más discretos del agua removida; pero Claudio continuaba ocupándose de ella.

—El jabón está en un platillo... debajo de la mesa. Tire usted del cajón y saque una tohalla limpia... ¿Quiere usted más agua?... le voy á traer el jarro.

La idea de que volvía á estar torpe, le exasperó súbitamente.

—Vaya... ya vuelvo á importarla... La dejo... haga usted lo que guste, como si estuviera en su propia casa.

Y volvió á ocuparse de su ajuar. Una idea le preocupaba: si la invitaría á almorzar. Era difícil dejar que se fuera de aquel modo. Por otra parte, aquello no se acabaría nunca, y decididamente iba á perder la mañana. Sin resolverse, alumbró su lamparilla, lavó la cazuela, y se puso á hacer chocolate; le parecía más aristocrático desayuno, y estaba secretamente avergonzado de sus fideos, amasijo donde metía rebanadas de pan y que rociaba con aceite, según uso del Mediodía. Se entretenía en desmenuzar el chocolate, cuando soltó una exclamación:

—¡Cómo!... ¡ya!

Tenía delante á Cristina, que echaba á un lado la mampara, y parecía á sus ojos, limpia, con su vestidito negro, ajustado, abrochado, correcto, vestida de piés á cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Su sonrosado cutis ni siquiera estaba húmedo, y sus espesas trenzas se recogían sobre la nuca, sin que sobresaliera un solo rizo. Claudio permanecía con la boca abierta ante aquel milagro de presteza, ante aquella viveza de mujercita hacendosa y casera, tan lista en vestirse pronto y bien.

—¡Ah!... si todo lo hace usted así...

Le pareció más hermosa y más alta de lo que

había creído. Lo que más le sorprendía era su resuelto ademán; sin duda alguna, ya no le temía. Como si al saltar de la cama, donde se sentía indefensa, hubiese recobrado su armadura con los botitos y la ropa. Sonreía; le miraba de hito en hito. Entonces Claudio dijo lo que le tenía todavía perplejo:

—Va usted á almorzar conmigo ¿verdad?

Lo rehusó.

—No, gracias. Me voy corriendo á la estación donde ya estará el mundo, y luego me iré á Passy.

En vano le repitió que sin duda tendría apetito, y que no era muy razonable echarse de aquel modo á la calle sin haber tomado algo.

—Vamos; bajo á buscar un coche de alquiler.

—No, gracias, no se moleste usted.

—Pues no puede usted hacer á pie un viaje así. Permítame usted que la acompañe hasta los coches de plaza, puesto que usted no conoce París.

—No, no necesito á usted. Si quiere usted hacerme un obsequio, déjeme ir sola.

Era cosa resuelta. Sin duda se sublevaba á la idea de que la vieran con un hombre, hasta los desconocidos; callaría lo de aquella noche, mentiría, guardaría para sí el recuerdo de la aventura. Claudio, con gesto de cólera, hizo como que la mandaba al diablo. ¡Gran desahogo! esto le convenía: no tener que bajar; pero, en el fondo, se sentía ofendido; le parecía una ingrata.

—Como usted quiera; no he de obligarla por la fuerza.

Al oír esta frase, se acentuó la vaga sonrisa de Cristina plegando las comisuras de los labios. No contestó; tomó el sombrero, buscó un espejo con los ojos, y como no viera ninguno, se decidió á hacerse el lazo á tientas. Con los codos en alto, anudaba las cintas, tiraba de ellas sin apre-

surarse, mostrando al sol su rostro. Para Claudio se habían borrado con gran sorpresa las facciones de infantil suavidad que acababa de dibujar; la parte superior del rostro quedaba sumergida en la sombra, así la límpida frente como la tierna mirada; ahora lo que parecía más prominente era la mandíbula que revelaba pasión, la boca, bermeja color de sangre, con hermosos dientes. Y con esto, siempre la enigmática sonrisa propia de las doncellas, burlona tal vez.

—Con todo—repitió irritado—me parece que no tiene usted queja de mí.

Ella no pudo contener la risa, ligeramente nerviosa.

—No, caballero, ninguna.

El seguía contemplándola, volviendo otra vez á luchar con su ignorancia y su timidez, temeroso de haberse puesto en ridículo. ¿Qué sabía la niña? Sin duda lo que saben las niñas en el colegio: todo y nada. ¡Abismo insondable, misterioso desarrollo del cuerpo y del alma, al que nadie desciende! En aquel centro libre de artista, la púdica doncella despertaba curiosa, y con el confuso temor al hombre. Pero ahora no temblaba ya. ¿Se sorprendía, con cierto desprecio, de haber temblado por nada? ¡Qué! ¡Ni una galantería, ni besarle la punta de los dedos! La áspera indiferencia del muchacho, que no le pasó inadvertida, lastimaba en ella á la mujer en ciernes; y así se iba, transformada, nerviosa, blasonando de valiente en su despecho, echando de menos de un modo inconsciente aquellas cosazas desconocidas y terribles que no habían ocurrido.

—¿Dice usted—repuso, poniéndose muy seria otra vez—que hallaré los coches de plaza al extremo del puente, á la otra parte del muelle?

—Sí, donde hay algunos árboles.

Ya se había hecho el lazo, estaba pronta, en-

guantada, con las manos colgando, y, sin embargo, no se iba, mirando delante de sí. Recayó su mirada sobre la gran tela de cara á la pared, y tentada estuvo de pedirle que se la enseñara, pero no se atrevió. Nada la detenía, y sin embargo, parecía que buscaba algo, como si tuviese la sensación de haber olvidado algo, que no podía nombrar. Por fin, se dirigió á la puerta.

Abríala Claudio, cuando cayó dentro del taller un panecillo, arrimado al dintel.

—Ve usted—dijo él,—debería usted almorzar conmigo. Mi portera me trae eso todas las mañanas.

De nuevo rehusó con la cabeza. Cuando llegó al descanso de la escalera, se volvió y permaneció inmóvil un instante en el hueco de la puerta, abierta de par en par. Otra vez reapareció en sus labios su jovial sonrisa, y fué la primera en tender la mano.

—Gracias, mil gracias.

Cogió él aquella mano diminuta y enguantada entre su manaza manchada de colores. Ambos permanecieron así algunos segundos, estrechándose y sacudiendo el brazo como buenos amigos. Ella seguía sonriendo, él tenía en la punta de la lengua esta pregunta:—¿Cuándo volveré á ver á usted?—Pero el rubor le impidió hablar. Entonces, tras haber aguardado un instante, soltó ella la mano:

—Siga usted con Dios, caballero.

—Adiós, señorita.

Cristina bajaba ya, sin volver la cabeza, la crujiente escalera, y Claudio se metió en su habitación con aire brutal y cerró la puerta de un golpe, diciendo en alta voz:

—¡Ah! ¡esos demonios de mujeres!

Estaba furioso, rabiando contra sí mismo y contra los demás. Dando de puntapiés á los muebles

que hallaba al paso, seguía desahogando su cólera á voces. ¡Qué bien hacía en no dejar que subiera á su cuarto una sola! ¡Las tales rameras sólo servían para volverle á uno loco! ¿Quién le aseguraba á él que esa, con su porte cándido, no se había mofado de él infamemente? Y había tenido la necedad de comulgar con ruedas de molino. Volvía á sus dudas; lo que es la viuda del general, y el siniestro del ferrocarril, y el cochero, no los tragaba. ¿Acaso ocurrían nunca tales aventuras? ¡Fuera de que tenía una boca, que bien mostraba lo que era, y un porte tan picaresco, en el momento de largarse! Y menos mal, si al menos se viera la razón de sus mentiras; pero, ¡cá! embustes sin resultado, inexplicables, el arte por el arte.

Plegó la mampara con violencia y la arrojó á un rincón. ¿En qué desorden lo habría dejado todo? Y cuando pudo convencerse de que todo estaba en orden y muy limpio, la jofaina, la tohalla, el jabón, se enfureció porque había dejado la cama sin hacer y se puso á hacerla, con exagerado esfuerzo, y cogió, con ambas manos, el colchón, tibio todavía, mullió á puñetazos la almohada bien oliente, sofocado por aquel tibio y puro olor de juventud, que exhalaban las sábanas. Luego, se lavó con ambas manos, para refrescarse las sienes, y volvió á sofocarle, al coger la tohalla, aquel hálito de virgen, cuya suavidad esparcida, errante por el taller, le oprimía. Echando votos tomó el chocolate, tan febril, tan ansioso de pintar, que se tragaba de un bocado grandes mendrugos de pan.

—¡Aquí se muere uno!—gritó de pronto.—El calor me pone malo.

El sol se había alejado; hacía menos calor.

Y Claudio, abriendo un ventanillo que daba

al tejado, aspiró, con ademán de profundo alivio, la bocanada de aire caliente que entraba. Había cogido su dibujo, la cabeza de Cristina, y se absorbió largo rato en su contemplación.

II

Dieron las doce. Hacía una hora que Claudio trabajaba en su cuadro, cuando llamó á la puerta una mano familiar. Con movimiento instintivo, que no pudo dominar, el pintor escondió en una cartera la cabeza de Cristina, en vista de la cual retocaba su gran figura de mujer. Luego, se decidió á abrir.

—¿Pedro?—exclamó...—¿Ya estás aquí?

Pedro Sandoz, su amigo de infancia, era un muchacho de veintidós años, muy moreno, de cabeza redonda y voluntariosa, ancha nariz, tierna la mirada, rostro enérgico, encuadrado en una barba naciente.

—Almorcé temprano—dijo—y he querido dedicarte un buen rato... Pues señor... ¡esto marcha!

Se había plantado delante de la obra, y añadió á seguida:

—¡Calle! has modificado el tipo de la mujer.

Reinó profundo silencio; ambos contemplaban el cuadro inmóviles. Tenía la tela unos cinco metros de largo por tres de alto, y estaba enteramente cubierta, de modo que sólo algunos frag-

mentos resaltaban sobre el esbozo. El cual, pintado de un solo golpe, era notable por su soberbio empuje y por la ardiente vivacidad de sus colores. En un claro de bosque, de espeso follaje, se filtraba una ancha ráfaga de sol; á la izquierda se hundía en la sombra una larga avenida, con un pequeño toque de luz en lontananza. Sobre la yerba, tendida entre la floresta de junio, se veía desnuda una mujer, pasando un brazo por encima de la cabeza, hinchada la garganta, sonriente, cerrados los párpados, bañándose en aquella lluvia de oro. En el fondo otras dos mujeres, una morena, otra rubia, igualmente desnudas, retozaban y reían, y hacían resaltar sobre el verde follaje dos preciosas notas de color de carne. Y como necesitase en primer término una contraposición de sombras, el pintor había vencido la dificultad de un modo muy sencillo; colocando allí sentado un fulano, vestido buenamente con un chaquetón de terciopelo. Estaba vuelto de espaldas, y no se veía de él más que la mano izquierda, apoyándose en la yerba.

—¡La mujer está muy bien apuntada!—dijo al fin Sandoz...—¿Pero sabes que te va á dar mucho qué hacer todo eso?

Claudio, chispeándole los ojos fijos en el cuadro, mostró con un gesto su confianza.

—¡Bah! ¡De aquí á la época de la Exposición!... tengo tiempo. ¡En seis meses mucho se hace! Quizá esta vez me probaré á mí mismo que no soy un bruto.

Y púsose á silbar fuertemente, embelesado sin decirlo con el esbozo que había hecho de la cabeza de Cristina, y exaltado por uno de aquellos aletazos de esperanza para recaer luego en las torturas del artista devorado por la pasión de la naturaleza.